

por la que esperaban llegasen sus clamores al Dios de los ejércitos.

No quedaron, en efecto, desairados sus votos, y muy pronto reconocieron todo el poder de la proteccion de la Madre del Omnipotente. El dia 8 de septiembre, dedicado á la natividad de María, tuvieron los habitantes de Viena noticias ciertas de que les venia auxilio, y el segundo dia de la octava aparecieron coronadas las cumbres de Kalemberg de las tropas mandadas por Juan Sobieski, rey de Polonia, y el príncipe Cárlos de Lorena. Aprestóse el ataque para el dia 12, y despues de haber los dos príncipes asistido al santo sacrificio de la misa, que ayudó el mismo rey, comulgando con grande devocion, comenzó el ejército á bajar para la montaña con denodado aliento, excitado por las palabras que les dijo el rey al ponerse en pié: *Ahora podemos ya marchar con confianza bajo la proteccion de la Santísima Virgen, y con la mayor seguridad de que no nos negará su asistencia.* Aguardólo el campo turco en órden de batalla; pero aunque al principio sostuvo la carga con valor, muy pronto fué derrotado completamente por los polacos y alemanes, quedando muertos en el campo como cien mil hombres y huyendo los restantes cobardemente á embarcarse en el Danuvio, dejando en poder de los cristianos toda su artillería, parque y un inmenso botin, y hasta los grandes estandartes de Mahoma y del imperio.

Todos reconocieron deberse aquella gran victoria, admirable y verdaderamente milagrosa, á la visible proteccion de la Santísima Virgen. El emperador, el ejército victorioso y la ciudad toda de Viena lo confesaron públicamente y dieron las mas rendidas gracias á Dios y á su adorable Madre por tan singularísimo beneficio hecho á toda la cristiandad; y el papa Inocencio XI, para perpetuar su memoria, dispuso se celebrase en lo sucesivo en toda la Iglesia, instituyendo la fiesta del Santísimo Nombre de María, asignando para ella la dominica infraoctava de su natividad.



FIESTA DE LOS DOLORES DE NUESTRA SEÑORA.

QUE SE CELEBRA EL TERCER DOMINGO DE SETIEMBRE.

La presente festividad fué concedida al reino de España y á nuestras Américas, con oficio propio, que es devotísimo, y la misa asignada en el misal romano para el viernes de la semana de pasion, llamado entre nosotros *de Dolores*, por dos decretos de la sagrada congregacion de ritos, uno, de 17 de Setiembre de 1735, y el otro, de 8 de Marzo de 1738.

Cuanta sea la devocion de nuestra Iglesia mexicana á los Dolores de la Santísima Virgen María, especialmente á los que padeció al pié de la Cruz, cuando atravesada su inocentísima alma con aquella aguda daga, que le profetizó Simeon, nos recibió por hijos, conformándose con el legado que su Divino Hijo le hizo de todos los hombres en la persona de San Juan, en aquellas sabidas palabras: *Ecce filius tuus*; "Hé aquí á tu hijo;" es un hecho tan notorio que no necesita comprobarse, pues no solo se conoce en el empeño con que se celebran las dos fiestas dedicadas á su memoria, en el recuerdo que se hace de ellos los viernes del año y en la multitud incontable de las imágenes de María Dolorosa, que se venera en casi todos los templos y casas de nuestra América, sino aun diariamente en la señal que se hace con las campanas á las tres de la tarde, para recordar á los fieles las Agonías de Jesus y los Dolores y Soledad de su Purísima Madre y nuestra; práctica piadosa que desde el año de 1686 introdujo el celosísimo y venerable misionero jesuita P. José Vidal.

Cuan acepta sea esta tierna devocion á la Santísima Virgen, bastante lo manifiesta entre otras muchas cosas, el haberse dignado instituir con el fin de propagar esta devocion una nueva familia religiosa, que es la que se conoce en Europa con el título de *Servitas*, de cuya fundacion daremos una breve idea, ya que en el viernes de la semana de Pasion, hemos tratado de los dolores de María.

El año 1213, siete ciudadanos de Florencia, llamados Bonifilio Monaldi, Bonayunta Manetti, Maneto de la familia Antella, Vgocion de Vgociones, Alejo Falconeris, Sóstenes y Amideo de las familias de este nombre, segun se refiere en la Bula expedida por Gregorio XIII en 1578, se reunieron para celebrar la fiesta de la Asuncion de la Santísima Virgen en la congregacion llamada de *Laudesni*; é inflamados en deseos de servir de un modo particular, resolvieron abandonar el mundo. Al efecto, el dia de la Natividad de la misma Señora recibieron un pobre hábito de mano de Ardingo Trotti, arzobispo de Florencia, y en seguida salieron de dos en dos de la dicha congregacion á hacer vida religiosa en una pobre casa, fuera de la ciudad. Al salir de dos en dos, el pueblo que habia concurrido á aquel espectáculo, presenció un prodigio, pues al verlos algunos niños de pocos meses de edad, dijeron en clara y alta voz: *Estos son los siervos de María*, nombre que á vista de este portento le confirmó el citado arzobispo.

De las inmediaciones de Florencia pasaron estos bienaventurados varones á vivir al monte Senario, distante nueve millas de aquella ciudad; y allí fué á donde á los siete años de su retiro, se les apareció la Santísima Virgen la noche del viernes Santo, vestida de luto, ordenándoles se vistiesen del color negro, en memoria de sus Dolores y Soledad. Obedecieron á la Reina de los Angeles, y tomando el nuevo hábito que les indicaba, y animados de un ardiente deseo de propagar la misma devocion entre los fieles, establecieron una congregacion, cuyo instituto fuese éste, la cual pasó á ser religion, aprobada primero por Alejandro IV en 1254, y confirmada despues en 1362 por Benedicto XI, bajo la regla de San Agustin. Esta orden religiosa ha dado á la Iglesia muchos santos, entre ellos los siete primeros fundadores, que todos han sido beatificados; á las letras no pocos sabios, y á toda la cristiandad una suma edificacion, por el empeñoso celo con que han difundido por todo el mundo el culto á la Dolorida Virgen María.

Este sagrado instituto se ha extendido tambien al sexo devoto, y su origen es como sigue: Caminando hácia Todi San

Felipe Venicio, general de la misma religion y su principal propagador, encontró en el camino á dos mugeres públicas, á quienes reprendió por sus excesos, y como éstas se escusasen por su necesidad, el santo les dió limosna para que se mantuviesen tres dias, con la condicion de que no ejerciesen en ellos su infame oficio. Ofreciéroulo así aquellas miserables, y aun se comprometieron con juramento á cumplir su promesa. Agradó al Señor aquel sacrificio, y abriéndoles los ojos les dió á conocer toda la gravedad de sus delitos, al grado de que deshechas en lágrimas, se postraron á los pies del santo, pidiendo perdón de sus pecados, y ofreciendo en satisfaccion de ellos entregarse á todos los rigores de la penitencia. Alegre sobremanera San Felipe por la conversion de aquellas almas descarriadas, las condujo á la ciudad, y colocándolas en una casa, les dió el hábito de los servitas, y agregándose despues á éstas otras muchas doncellas virtuosas, se estableció la segunda orden de siervas de María que, despues de la muerte del santo general, fué aprobada por la sede apostólica.

El mismo santo fundó la tercera orden en 1284, dando el hábito á Santa Juliana de Falconeris, que deseaba imitar la vida de su tio el beato Alejo, uno de aquellos siete varones que hemos mencionado antes. Esta tercera orden fué arreglada muchos años despues por el décimosexto general Fr. Estévan del Borgo, y aprobó sus constituciones el papa Martino V. Las terceras viven en comunidad con superiora, aunque sin voto de clausura. Hay tambien otras congregaciones y terceras órdenes de personas seculares de uno y otro sexo, que viven en sus casas, y á las que los sumos pontífices han concedido muchas gracias y privilegios.

De esta última clase únicamente ha habido en nuestra América, que no ha tenido la fortuna de poseer la religion de los servitas, ni la de hombres ni la de mugeres. La primera congregacion de Nuestra Señora, con la advocacion de los Dolores, se fundó en México por el citado padre José Vidal en el colegio máximo de San Pedro y San Pablo á principios del siglo XVII, y se agregó á la participacion de todas las gracias y pri-

vilegios de que gozan los servitas, por su general Fr. Juan Poggi en 6 de Julio de 1697, y esta fué la fecunda madre de otras muchas que se establecieron casi en todas las casas que la Compañía de Jesus tenia en la Nueva España. Despues de suprimida esta religion, fueron deshechas sus congregaciones; pero en el año de 1789 por real cédula de Carlos III, se fundó en el convento de San Francisco de esta capital, tercera orden de los servitas, que agregó á su orden el general Fr. Gregorio María Clementi de Beluno en 1791, y en el año siguiente nuestro santísimo padre el Señor Pio VI se dignó concederle muchas indulgencias y gracias espirituales.

Esto es cuanto tenemos que decir, respecto de la fundacion de la orden de los siervos de María, que hemos querido dar á conocer con motivo de la presente festividad. Réstanos exhortar á nuestros lectores, que procuren hacerse participantes de tantas gracias, poniéndose bajo la especial proteccion de María, celebrando con toda devocion sus siete dolores, y acogién-dose á su poderosa proteccion, inscribiéndose en el número de sus esclavos y siervos, poniendo toda confianza en que, como dice la *secuencia* que se reza en la misa de este dia:

Inflamado y encendido
De amor por este suplicio,
De Jesus sea el dia del juicio
Por tí, vírgen, defendido.



FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO,

QUE SE CELEBRA EL DOMINGO PRIMERO DE OCTUBRE.

Aunque el memorable suceso que dió lugar al establecimiento de esta festividad, pasó el dia 7 de octubre, segun se registra en el martirologio romano por esta cláusula. “En el

mismo dia, (el siete) la conmemoracion de Nuestra Señora de la Victoria, fiesta que instituyó el santo papa Pio V, en accion de gracias por la gloriosa victoria que en este dia consiguieron los cristianos sobre los turcos, en un combate naval, por la proteccion especial de la Santísima Vírgen;” no obstante por disposicion del mismo santo pontífice, se celebra en esta dominica, reunida á la fiesta del Santísimo Rosario, por que á esta devocion se atribuye en gran parte este maravilloso triunfo.

El combate naval á que se refiere el martirologio, es la célebre batalla de Lepanto, dada por los cristianos á los turcos el dia 7 de octubre de 1571. Habia conquistado Selim II en los primeros meses de este año, la isla de Chipre, y ensoberbecido con este triunfo, no menos que con las conquistas que en mas de un siglo habia ido haciendo la Puerta Otomana por repetidas victorias de sus armas sobre los cristianos, concibió el proyecto de apoderarse de Italia, juzgando que sus armas vencedoras le harian en breve dueño de los reinos mas ricos de la Europa. Con este intento puso en la mar una armada formidable, compuesta de cerca de trescientas galeras, con la artillería, municiones, gente de armas y de servicio que se deja bien entender, del poder otomano y de la importancia de la empresa. Mandaba esta armada Hali-Baxá, célebre por su valor y pericia militar en mar y tierra, y obedecian sus órdenes otros generales no menos hábiles y esforzados; circunstancias todas que aumentando el orgullo de los turcos, esparcian el terror en toda Europa. El santo papa Pio V, que por su gran celo de la religion, y por su ardentísimo á todas sus ovejas, se interesaba mas que todos en su defensa, especialmente de las que habian de ser primeras víctimas del bárbaro otomano, hizo los mayores esfuerzos para poner por su parte y excitar á los príncipes cristianos á que pusiesen por la suya una armada unida que pudiese contener á la otomana, y que en efecto consiguió reunir, aunque en un número de buques, gente y armas muy inferior á la del turco. La escuadra pontificia iba mandada por Marco Antonio Colona, quien sin embargo reconocia por gefe al Sr. D. Juan de Austria, hermano natu-

ral de Felipe II, rey de España, y nombrado con universal aplauso generalísimo de toda la armada, la que el santo pontífice habia puesto bajo la proteccion de la soberana reina de los cielos María Santísima, procurando alcanzarla por la devocion del Santo Rosario, que en todas partes rezaban con el mayor fervor todos los fieles.

Zarpó en fin la armada unida bajo tan favorables auspicios, llevando el estandarte que el santo pontífice hizo entregar en Nápoles á los dos generales, una imágen de Nuestra Señora, á bordo de cada una de las naves, y una escogida mision de padres de la compañía de Jesus. Desde luego comenzó á sentirse la proteccion de María Santísima, ya por el aliento y valor de que se vió animada toda la gente, y ya por la prosperidad del viage y la bizarra resolucion de echarse á vela tendida sobre la escuadra turquesca.

Con esta resolucion salió de Corfú la armada cristiana, dirigiéndose á Lepanto, donde la otomana se hallaba anclada, tan engreida con sus pasados triunfos, que no dudó un punto del que se le prometia, mucho mas cuando siéndole el viento favorable, y contando con un número de navíos muy superior al de los cristianos, disponia cortarlos y envolverlos antes que pudiesen reconocerse. Pero salieron vanos sus intentos, porque advirtiéndolos los cristianos la desventaja del contrario viento, y reiterando con mayor fervor sus oraciones á la Madre de Dios, consiguieron por su intercesion que se cambiase el viento, y en ello una prueba visible del favor divino, que aumentó aun mas su confianza y ardimiento, como presagio seguro de su triunfo. En efecto, hallándose á la vista una y otra armada el día 7 de octubre, y rompiéndose el fuego de cañon con el mayor estruendo, todo el humo cargó sobre la escuadra turca, y por él el mayor estrago, por la ventaja con que disparaba la cristiana á clara vista.

Sostuvieron sin embargo los turcos con horrible fuego, la carga de los cristianos, y eran pasadas ya tres horas del feroz combate, cuando el poder divino que habia comenzado aquella obra por el repentino cambio del viento, lo perfeccionó por

la confusion, terror y falta de consejo en que cayeron los otomanos. Conocióse esta por la retirada que poco á poco iban haciendo hácia la costa, y advertidos de ello los generales cristianos, mandaron abanzar y hacer fuego sobre la capitana turca, mataron á Hali-Baxá, abordaron su buque y arrancaron la bandera, dando la voz alegre de *victoria* que repitió toda la armada. Victoria fué en efecto desde aquel punto: treinta mil mahometanos perecieron al fuego del cañon y al filo de la espada, mas de noventa galeras se perdieron, echadas á pique unas, otras consumidas por el fuego, y otras varadas ó estrelladas en la costa: cayeron en poder de los cristianos ciento treinta galeras, con cinco mil prisioneros turcos que habian quedado en ellas, y veinte mil cristianos esclavos que debieron á esta victoria su apetecida libertad.

Tan completa victoria debia haber sido por un orden comun muy costosa al vencedor; pero por el extraordinario de la benigna providencia, alcanzada por la intercesion de Maria, no fué sino muy corta la pérdida de la escuadra cristiana, y circunstancia sobre las demas que ofrece tan gran suceso, acaba de acreditarlo de milagroso. Así lo reconoció desde luego el ejército todo y todo el orbe, mas con especialidad Pio V, quien tuvo revelacion de esta victoria en el mismo punto en que acaeció, y anunciándola con este júbilo á sus familiares, dió gracias al Señor, reconociendo su paternal providencia y la intercesion de la Santísima Virgen, en cuyo honor mandó á su tiempo celebrar esta festividad, con el título de *Nuestra Señora de la Victoria*, en perpetua accion de gracias por tan singular beneficio, y que esta fuese al mismo tiempo la solemnidad del Santísimo Rosario: finalmente, persuadido á que este habia sido mas que la espada ó el cañon, el arma poderosa que habia librado á la cristiandad de la tiranía de los infieles.

Ocioso es entrar en la explicacion y el elogio de este celeberrimo rezo: todo el mundo sabe que esta admirable devocion fué dada por la misma Santísima Virgen, al gran Padre Santo Domingo de Guzman, en una vision en que le anunció y pronosticó el mas feliz suceso de la predicacion contra los hereges,

si la practicaba y hacia practicar por los fieles, procurando se extendiese por todo el orbe. Hizolo así Santo Domingo, y la conversion de mas de cien mil hereges y de innumerables pecadores, acreditó la verdad del soberano anuncio. Con tan portentoso principio se estableció esta devocion entre los fieles de todas las naciones, y en mas de seiscientos años que ha que dura, son incontables y de gran magnitud los beneficios que en general y en particular alcanza á los que la practican con la debida devocion. Muchos sumos pontífices que los han recibido y conocido, se han hecho un deber de autorizarla, concediendo á su cofradía un sin número de indulgencias, gracias y privilegios que la han hecho aun mas célebre y provechosa. Eslo mucho por la salutacion angélica, que repetida por ciento y cincuenta veces en quince decenas con la oracion dominical intercalada, al mismo tiempo que hace las mas convenientes peticiones para lo espiritual y temporal, santifica el nombre de Dios, y alaba las grandezas de su Madre Santísima, implorando su patrocinio y eficacia de su oracion, para el socorro de las presentes necesidades, y de las gravísimas de la hora tremenda de la muerte. Lo es para la piadosa meditacion de la vida, pasion y muerte, resurreccion y ascencion de Cristo, venida del espíritu Santo, tránsito y asuncion de la Madre de Dios, que en su rosario hacemos, y que son poderosos para excitar todo nuestro reconocimiento á la grande obra de nuestra redencion, y hacer que tratemos eficazmente de aprovecharnos de ella, por buenas obras y ejercicio de virtudes.

El mucho fruto y los singulares beneficios que por esta devocion se han alcanzado, han movido el ánimo de los sumos pontífices á hacerla mas solemne y extensa. Gregorio XIII ordenó la celebracion de la solemnidad del Santo Rosario, asignándola al primer domingo de octubre, para los conventos de la orden de Santo Domingo é iglesias donde se hallase erigida la cofradía del Rosario. Clemente XI la hizo fiesta solemne de precepto para toda la iglesia universal, y Benedicto XIII mandó poner en las lecciones del oficio divino la noticia de dos grandes beneficios, justamente atribuidos por la inter-

cesion de María Santísima, alcanzada por el rosa rio. Fué e primero la victoria que las tropas del emperador Carlos VI de Alemania, electo rey de los romanos, obtuvieron en Salanckemen, el dia de nuestra señora de las Nieves, 5 de agosto de 1716 sobre los turcos, en que les mataron mas de treinta mil hombres, hicieron gran número de prisioneros, y se apoderaron de todas sus banderas, armas, bagajes y provisiones; y en segundo la libertad de la isla de Corfú, á cuya capital tenian puesto sitio, y que desampararon el dia 22 del mismo mes y año, octava de la Asuncion de Nuestra Señora. Veneremos pues, á la Madre de Dios con este sagrado rezo que le dan tan especial y grato culto, y recordando que su devocion es una señal de predestinacion, procurémosla por las preces de su santo rosario, para obtener que la que tantas veces nos ha librado de los enemigos terrenos, dándonos sobre ellos triunfos tan gloriosos, nos conceda sobre los infernales la final victoria, que sin cesar cantemos en la celeste patria.



FIESTA DEL PATROCINIO DE NTRA. SEÑORA.

QUE SE CELEBRA EL SEGUNDO DOMINGO DE NOVIEMBRE.

La presente festividad, concedida por la sede apostólica á los dominios del rey de España, con indulgencia, oficio y misa propia, á ruego de Felipe IV, fué introducida en aquel reino por el insigne y conocidísimo jesuita, padre Juan Eusebio Nieremberg, que escribió un docto tratado sobre ella, en forma de memorial. Su objeto, á la verdad, es de tanto provecho, como consuelo para el cristiano piadoso y devoto, que encuentra en él estímulos poderosos para la virtud, por los motivos de esperanza que le ofrece. Hemos visto estos en otras festivida-